



Desviaciones de una metáfora. La difracción en Karen Barad y la interferencia de la pregunta por la escritura

María Milagros González*

Una metáfora puede llegar a transformarse en un programa de investigación. Añadiría que un programa de investigación casi siempre es también una metáfora móvil.

Donna Haraway, *Testigo_Modesto@ Segundo Milenio*

¿Cómo encarar una investigación que atienda a los entramados de voces, inscripciones, significaciones no solamente humanas en ciertas escrituras literarias? Más en general, ¿cómo seguir leyendo literatura y escribiendo nuestras lecturas sin desconocer, por un lado, el agotamiento de la pregunta por el lenguaje humano como condición de acceso a las cosas, arrastrada al margen por la premura de las cuestiones de la materialidad, la ontología y la disputa con el antropocentrismo? Pero, al mismo tiempo, ¿qué hacer con nuestra incapacidad para abandonarla tan fácilmente, abrazando los ajustes conceptuales necesarios para firmar sin más la agencia expresiva no humana? ¿No sigue acechándonos la cuestión de las palabras y las cosas en los intentos confiados por demostrar los modos en que las escrituras recogen el poder narrativo de las materialidades no humanas? El hecho de reconocer que “se le ha concedido demasiado poder al lenguaje” (Barad, 2003, p. 801) no nos libera de la insistencia de lo lingüístico, más aún cuando se busca resituar las prácticas humanas en un horizonte que las concibe como formas de interacción con la materia no humana. Es decir, no podemos entregarnos sin resistencias a la afirmación de la elocuencia de la materia, que se deslizaría a través de “vías de expresión humanas” (como sugiere Oppermann, 2018, por ejemplo) sin preguntarnos cómo sería posible eso: no somos impermeables al giro lingüístico¹. Tampoco conviene resignar la pregunta que, en el trabajo con

1 Estos planteos y preguntas fueron formulados a partir de los desarrollos de Gabriela Milone y Franca Maccioni en el seminario de posgrado “De las cosas: poé-

* Universidad Nacional de Córdoba - mamilagrosgonzalez@gmail.com

la escritura, posibilitaría problematizar nuestros presupuestos de lectura, especialmente aquellos que confinan a la literatura a ser la manifestación estética de las preocupaciones científicas, sociales, políticas, etc. más acuciantes de nuestro tiempo.

Una de las apuestas teóricas del pensamiento filosófico contemporáneo que busca reencuadrar la pregunta por la relación entre materia y significado es el realismo agencial de la física y teórica feminista Karen Barad. En numerosos artículos, pero principalmente en el libro *Meeting the universe halfway. Quantum physics and the entanglement of matter and meaning* (2007), explora las posibilidades de una perspectiva acerca de aquel vínculo entre las palabras y las cosas que se desmarque tanto del representacionismo, que graba una brecha insalvable entre ellas, cuanto del privilegio del lenguaje humano como condición para la experiencia y el conocimiento. Para esto, recurre a un fenómeno óptico, la difracción. Tal como sucede en los textos literarios que son objeto de nuestro análisis, la potencia material y significativa de un fenómeno no humano articula la escritura y el pensamiento de Barad, todos sus postulados ontológicos, epistemológicos y ético-políticos, además de los metodológicos. Aquí nos interesa considerar los desplazamientos de la difracción en el realismo agencial, entre “lo literal” y “lo metafórico”, sus múltiples modos de aparición: como fenómeno, figura² y método, la difracción es una “figuración

ticas, ontológicas, eróticas, políticas”, dictado entre los meses de mayo y agosto del 2023 en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

2 Tomamos esta noción del trabajo del equipo de investigación “Perspectivas materialistas: un abordaje crítico de escrituras contemporáneas” (dirigido por Gabriela Milone, Secyt) plasmado en el libro colectivo *Figuras de la intemperie. Panorámica de las estéticas contemporáneas* (La Rocca y Neuburger (Comp.), 2019). “Figura” constituye un operador crítico que problematiza los límites de la literatura entre las artes y de las artes entre la filosofía, la estética, la historia y la política. Elaborado sobre la base teórica de Auerbach, Barthes, Deleuze, Didi-Huberman, Lyotard y Malabou, articula, por un lado, el énfasis en la materialidad: una figura no remite a algún tipo de referente extralingüístico, sino que da cuenta de su pertenencia a la materia de la lengua, trazo inscrito en la materia del lenguaje. Refiere también, por su origen etimológico, a un hacer manual, a la manipulación de un material flexible y resistente. Por otro lado, comprende una dimensión gestual, gimnástica o coreográfica: una figura es un desplazamiento que se opone a la idea de esquema fijo. Se vincula a la repetición, procede del registro de insistencias u obstinaciones. Por último, la figura implica la introducción de una diferencia, dado que enlaza elementos en una relación inédita.

(material y semiótica)” (Barad, 2007, p. 29), para remarcar, amplificar y torcer este concepto a través de la pregunta por el trabajo con escrituras literarias.

Una metáfora móvil

La difracción es una noción primordial para Barad. A grandes rasgos, se trata de los distintos fenómenos de interrupción y desviación que se producen cuando una onda se encuentra con los bordes de un cuerpo opaco o con una abertura. Están presentes en numerosas situaciones cotidianas: las olas rompiendo contra la boca estrecha de una bahía, las ondas sonoras rodeando una columna en el medio de una habitación, la luz descomponiéndose en forma de arcoíris al atravesar las estrías microscópicas de un CD. Esas interferencias en la propagación de ondas crean lo que se conoce como *patrones de difracción*: dibujos de franjas o puntos que muestran cómo es afectada la onda en la interacción con la estructura.

Ahora bien, cuando seguimos transversalmente este concepto a lo largo de los planteos del realismo agencial, se hace explícita la tensión a la que se arroja la autora: situar la relación entre materia y significado, lo ontológico y lo gnoseológico, lo natural y lo social combatiendo el pensamiento analógico con una metáfora. Es decir, queriendo escapar a los modelos de influencia de las investigaciones que presuponen la existencia de una esfera cultural y otra natural y determinadas relaciones causales entre ellas, por ejemplo, aquellas que vinculan directamente el desarrollo de la escuela cubista a la relatividad de Einstein; o las que ven en el ámbito social un reflejo de la metafísica individualista precisada por la teoría atómica (Barad, 2007). Podemos identificar una postura similar proveniente de nuestra zona de indagación: esa que procede comprobando lo que la literatura (culturalmente, estéticamente) puede responder o reflejar ante las catástrofes que signan el mundo ecológico o ante las concepciones científicas más actuales sobre la materia.³ ¿Cómo imaginar alternativas a

3 Podemos ver que algo de estos presupuestos se cuela incluso en teorías que, por lo demás, intentan cuestionar las dicotomías humano/no humano y naturaleza/cultura para dar cuenta de una dimensión narrativa de la materialidad. Por ejemplo, la ecocrítica material que retoma a Barad, su concepto de difracción y sus postulados acerca de la naturaleza entrelazada de la materia y el significado, afirma: “La ecocrítica nos invita a ver cómo el mundo y los textos están conectados [...]”

estos vocabularios representacionistas a los que estamos acostumbradxs? Las distintas modalidades de la difracción aguijonean estos protocolos de lectura de la presencia material y expresiva no humana en las prácticas humanas (entre ellas, la escritura). En tanto la difracción es, simultáneamente, un fenómeno clave en las discusiones de la física, porque hace evidente la naturaleza relacional y cambiante de la realidad; el modo del devenir intra-activo de toda realidad; y un método que no deja de insertarse en una tradición de larga data que emplea metáforas ópticas para desarrollar cuestiones vinculadas a las prácticas de conocimiento, expone un ejercicio de atención delicado (difícil y que requiere cuidado) ante las conjugaciones mutuas entre materia y significado.

Con el riesgo de caer bajo sospecha de contradicción⁴, se presenta a la difracción, a veces, cuando se quiere destacar su potencia metodológica o figurativa, como “una metáfora apta” (Barad, 2007, p. 71) pero también como “más que una metáfora” (Barad, 2007, p. 72) cuando parece que hay que recordar su peso material. Pero hay que ser justxs: esta dicotomía es el corazón de lo que Barad se esfuerza por deshacer cuando pretende “interrumpir la confianza generalizada en una metáfora óptica existente (a saber, la reflexión), formulada para buscar homologías y analogías” (2007, p. 88). No sobran las advertencias:

En la introducción enfatiqué que mi método no implicaría argumentación de tipo analógico. [...] En ese sentido, es importante no confundir el hecho de que recurro a un fenómeno óptico para inspirarme en el desarrollo de ciertos aspectos del planteo metodológico [...] con la naturaleza del método en sí mismo. Particularmente, denominar “difractivo” a un método, análogamente al fenómeno físico de la difracción, no implica que el método en sí mismo sea analógico. (Barad, 2007, p. 88)

[Esto] significa examinar cómo las creaciones literarias *reflejan* las ecologías del ‘mundo exterior’, o cómo *responden culturalmente* a las crisis que afectan a estas ecologías. Pero también puede significar otra cosa interesante, a saber, que el propio mundo se convierte en un texto en el que se inscriben estas crisis” (Iovino, 2018, pp. 112-113) Esta cita corresponde a una traducción propia; énfasis agregado.

4 Ver el llamado de Milone (2023) a asumir, mediante distintas tácticas, tomadas de Bennett, Tsing, Stengers, entre otras, las contradicciones performativas que permitirían contrarrestar el antropocentrismo.

En cada flexión, el concepto se reajusta e impacta sobre las desviaciones posteriores. Es decir, las nuevas comprensiones acerca de los fenómenos difractivos afinan los postulados ontológicos y metodológicos, lo que posteriormente afecta a los fenómenos y así sucesivamente. Se avanza mediante movimientos espiralados.

Estos corrimientos aparecen incluso fuera del realismo agencial, porque la noción migra primeramente del arte a la teoría: Haraway, con la mujer fraccionada pasando a través de una pantalla en el cuadro *Una difracción* (1992) de Lynn Randolph, reflexiona sobre los modelos de interferencia en la construcción y la vida de los significados (Haraway, 2004). Para la autora, la difracción se constituye como una cuarta categoría semiótica (junto con la sintaxis, la semántica y la pragmática).⁵ Una “tecnología narrativa, gráfica, psicológica, espiritual y política” (Haraway, 2004, p. 306) capaz de volverse metáfora para una conciencia crítica involucrada con la creación de diferencias, las interferencias y las interacciones más que con el desplazamiento reflexivo de lo idéntico de forma más o menos distorsionada. En contraposición al tropo común de la reflexividad, permite pensar las prácticas tecnocientíficas rehuendo la falsa opción entre el objetivismo y el relativismo del conocimiento situado y, al mismo tiempo, se ocupa de los efectos de la diferencia: “es respetuosa de los ensamblajes de ideas y otros materiales” (Barad, 2007, p. 29).

Compartiendo los intereses de Haraway, Barad vuelve a la difracción. Primero, porque, como dijimos, resulta un punto nodal para las discusiones en torno a la paradoja onda-partícula en física y para el desarrollo de la física cuántica. Es más, su estudio ha llegado a sustentar la hipótesis según la cual “bajo ciertas circunstancias, la materia (generalmente concebida como hecha de partículas) produce patrones de difracción [...], los efectos difractivos se han observado en electrones, neutrones, átomos y otras formas de la materia” (Barad, 2007, p. 82). Así cobran espesor los planteos ontológicos del realismo agencial: el mundo no está poblado por cosas sino conformado por fenómenos, relacionidades contingentes de las que emergen, a un tiempo, significados, formas, cuerpos y límites. La difracción condensa entonces el devenir inteligible y material de toda nuestra realidad: ambos proceden procesualmente, por enredos previos a la existencia de cualquier entidad delimitada y dotada de propiedades par-

5 Barad (2003) se distancia de esta idea.

ticulares, revelando patrones de composición que exhiben la naturaleza relacional de sus diferencias. Esos pasajes en los que la difracción se desliza para proyectar proposiciones ontológicas exponen el goce metafórico de la teoría:

Como física, *me siento cautivada* por la belleza y la profundidad de este fenómeno físico que *no puedo dejar de ver en casi todas las partes del mundo a las que miro*. De hecho, creo que podemos entender los patrones de difracción –como patrones de diferencia que marcan la diferencia– como los componentes fundamentales del mundo. (Barad, 2007, p. 72)⁶

En consecuencia, las prácticas de conocimiento descansan en la mutua constitución entre dispositivos o agencias de observación (conceptos, prácticas, instrumentos, etc.) y fenómenos estudiados. Los dispositivos son, en sí mismos, fenómenos. La difracción es imagen de todo conocimiento y pensamiento posibles, esto es, no solo los conocimientos y pensamientos humanos.⁷

La difracción adquiere, por último, la forma de un método capaz de responsabilizarse de las apuestas teóricas, éticas y políticas implicadas en nuestros dispositivos de conocimiento. Porque, proponiendo “leer unas teorías a través de las otras” (como ondas de luz atravesando una pared agujereada) se iluminan los patrones (barras blancas y negras) que expresan el surgimiento de las diferencias, las exclusiones y la importancia de eso que se excluye. La difracción es un método de lectura. En lugar de enfrentar una teoría, conjunto de ideas o texto con otro utilizando a uno como marco de referencia fijo respecto del otro, se leen unos a través de los otros avivando el surgimiento de las diferencias (Barad, 2007).

Recorreremos entonces algunas de las desviaciones de esta metáfora móvil (para usar la expresión de Haraway), intentando recoger cómo atraviesan nuestras inquietudes acerca de la lectura de escrituras literarias

6 El énfasis es nuestro. Esta cita, así como todas las extraídas del libro *Meeting the universe halfway* (2007), corresponden a una traducción propia.

7 La autora recurre al ejemplo de las ofiuras para explicar cómo la atención ante lo que importa y la respuesta diferencial se producen sin la necesidad de ojos ni cerebros, sedes del conocimiento, si este operara exclusivamente por representaciones. Ver el octavo capítulo de *Meeting the universe halfway* (2007).

y nos ayudan a repensar el vínculo entre mundo material y escritura, advirtiendo los límites de los ejercicios críticos que se sustentan en la representación y la mediación. Un retorno posible de esta metáfora al arte, desde las inquietudes científicas y filosóficas de Barad a la escritura y a otras teorías.

Algunas barras sobre la pantalla

Uno de los principales blancos de crítica que el realismo agencial impugna mediante la metáfora de la difracción es el representacionismo. Asentado en nuestra cultura occidental desde el siglo XVIII, siguiendo a Foucault en *Las palabras y las cosas* (1968), impregna nuestros hábitos y perspectivas en relación al lenguaje, la gnoseología, incluso la política. Como reconoce Barad, el representacionismo tuvo una historia y también alternativas históricas concretas: la episteme renacentista descrita por Foucault en el mismo libro. En esa época, el representacionismo es inconcebible, porque este depende del postulado de que existen dos clases de entidades radicalmente diferentes: las representaciones y lo representado. Si, por el contrario, se desconoce la lógica de las representaciones, el saber solo puede adoptar la forma de la semejanza. Conocer consiste en hilar al interior de una maraña de marcas, contenidos y similitudes que involucra cosas y palabras por igual. Por eso el lenguaje pertenece al mundo. Es decir, no constituye un conjunto de signos independientes y arbitrarios más o menos capaces de reflejar las cosas, sino que es una de las marcas, entre otras, distribuida sobre la superficie de la realidad (Foucault, 1968). Algo de esa posibilidad de desnaturalizar el supuesto de la división entre palabras y cosas reverbera, aunque de otra manera, en el realismo agencial a través del concepto de difracción, porque señala el punto en el que el barrado que mantenía alejadas a las palabras de las cosas se resquebraja y, de algún modo, vuelve a postular un horizonte de pertenencia mutua entre materialización y significación.

En ese sentido, Barad recupera los postulados epistemológicos de Niels Bohr, reconocido físico que trabajó en la interpretación de Copenhague de la mecánica cuántica, según la cual el lenguaje y los dispositivos de medición no son mediadores frente a un objeto de conocimiento, sino parte del fenómeno estudiado. Lo observado, el observador y los dispositivos de observación son inseparables. La autora extrae las consecuencias

ontológicas no formuladas por Bohr y, a partir de la hipótesis del comportamiento difractivo de toda la materia (que desplaza a este fenómeno óptico hacia la metáfora), concibe procesualmente a la realidad. Se trata de una relacionalidad no determinada por los roles, capacidades, características de unos elementos previamente constituidos. En ese sentido, no habría algo así como palabras (entendidas como enunciados descriptivos) y cosas (objetos). Materia y significación no son dos polos en una relación de mutua exterioridad, sino partes indisociables de un horizonte común concebido como relacionalidad dinámica.⁸ Es en estas (re)configuraciones relacionales donde se hacen y deshacen los bordes y propiedades de la materia y los significados, siempre de manera no definitiva: “La materia no es mero ser, sino su continuo des/hacer. La naturaleza es trans*materialidad agencial/ trans-materia-realidad en su continua re(con)figuración” (2015, p. 411).⁹ Por lo tanto, ni materia ni significado tienen primacía o preexistencia ontológica o epistemológica. Uno no puede reducirse al otro.

La difracción, por lo tanto, problematiza la distinción entre una escritura que reflejaría los fenómenos naturales o científicos y una escritura filosófica. Cualquier escritura reconfigura las categorías diferenciales *objeto* o *materia de escritura* y *escritura misma*. En ese sentido, una primera interrupción. Si nos alejamos de los protocolos de lectura que presuponen que analizamos reflejos de existentes de otro orden, ya sean fenómenos políticos, naturales, discursos científicos o teóricos, la escritura puede aparecer como una red difractiva capaz de recomponer las conexiones entre materia y significación, humano y no humano, teoría y literatura. No se trata tanto de destacar cómo nuestros corpus literarios toman a lo no humano (mediante antropomorfizaciones, entre otras estrategias) para colocar al ser humano en un plano de igualdad por su corporalidad, animalidad o configuración relacional, sino de sostener los modos en que recrean la indeterminación (material y significativa).

8 De ahí la negativa a utilizar los términos *cosa*, *objeto* (al igual que Bohr) o incluso *materia* proponiendo en su lugar el de *fenómeno*. Este último evita la idea de que hablamos de entidades demarcadas del mundo material y subraya el carácter relacional de la realidad. Por estos mismos motivos, Barad prefiere también *materialización* y *materialidad*. Asimismo, el concepto de *palabra* es sustituido por el de *discurso*.

9 Esta cita corresponde a una traducción propia.

Si la escritura de Barad se vuelve un fenómeno difractivo, porque sigue una metodología que “lee unas teorías a través de las otras” (2007, p. 27) y porque se compone de desviaciones e interferencias particulares entre fenómenos material-discursivos, nos ejercita en la atención hacia las imbricaciones, el contacto que produce marcas. Queremos decir, la escritura reclama el reconocimiento de una óptica física del contacto más que el de una óptica geométrica de la distancia respecto de eso que llamamos objetos o materia (en el sentido de tema y de materialidad) de la escritura. Esto puede implicar, y aquí introducimos una segunda interrupción, la consideración de las “mediaciones físicas y químicas de los actos de lectura y escritura” (Álvarez Solís, 2023, p. 67), por un lado, y, por otro, un despliegue sensible más amplio que el visual y auditivo. De hecho, algunxs investigadores que comparten la inquietud por la presencia de lo no humano en las artes y la teoría, por lo demás disímiles, señalan el despliegue de los distintos registros sensibles en esas obras afectadas por materialidades no humanas: Victoria Cóccaro (2021), por ejemplo, subraya esta cuestión en una instalación de Nuno Ramos en relación al fósil; Ángel Álvarez Solís imagina una escritura con “sensibilidad vegetal”, libre de “la pulsión ocular y el régimen auditivo que condicionó a la escritura occidental”, capaz de recuperar “la dimensión táctil, olfativa y gustativa” (2023, p. 66).

Ya vimos que la difracción dibuja un horizonte ontológico y gnoseológico por el que materia y significación dejan de ser polos cerrados sobre sí mismos. Ahora bien, el mayor alejamiento de la episteme renacentista se evidencia en la impugnación de la semejanza. En cuanto quitamos el foco de la correspondencia (central para establecer relaciones de pertenencia entre palabras y cosas en el Renacimiento), la operación ya no es la de seguir los juegos de espejos que se reflejan entre el micro y el macrocosmos. Las preguntas dejan de ser: ¿qué se refleja? ¿Cuáles son las propiedades ocultas de eso reflejado que brillan en el reflejo? Tampoco se preocupa por la adecuación entre lo representado y la representación, como en el Clasicismo que buscaba “fabricar una lengua bien hecha” (Foucault, 1968, p. 69). La difracción nos conduce a una perspectiva performativa, preocupada por las prácticas y el hacer. Además es posthumanista en la medida en que examina los modos en que se (des)estabilizan los límites y afectaciones entre factores materiales y discursivos, naturales y culturales, humanos y no humanos (Barad, 2003). De ahí la insistencia en la noción de diferencia. Diferencia no en un sentido absoluto, como en la

episteme clásica que describe Foucault, cuando el conocimiento consistía en discernir estableciendo identidades y diferencias y ordenarlas en series que encadenan lo más simple con lo más complejo. La difracción muestra la naturaleza enredada de las diferencias. El punto está en cartografiar esos patrones de interferencia que marcan las diferencias que importan, aquellas que configuran los procesos material-discursivos. ¿Cómo aparecen, entonces, estas huellas en la escritura, si esta se vuelve pantalla de difracción?

Tercera interrupción. La escritura de Barad, como podemos apreciar en algunas de las citas recuperadas aquí, parece requerir una forma de enunciación particular, marcada por la interrupción, los atravesamientos y la no fijación. El uso de los paréntesis, las barras, los asteriscos, la cursiva, los juegos de palabras (como el de trans-materia-realidad que acabamos de citar o el de la expresión “matter matters” que puede traducirse como “la materia importa”, “la materia materializa”, “la materia entra en materia”) marcan una serie de diferencias sutiles que sugieren una vinculación no solo temática con la difracción. Aunque esta expresión es incorrecta. Porque, como sabemos, para el realismo agencial no hay un plano de lo real no alcanzado por lo discursivo. Ni una metáfora que sea pura ideación. Si la metáfora de la difracción desarticula el binomio palabras/cosas, ello no puede producir una teoría que se pretenda desafectada enunciativamente, en tanto es un fenómeno material-discursivo particular que deja marcas diferenciales en lo observado (el problema de la relación entre materia y significado) y en los dispositivos, métodos y conceptos. Esta cuestión es crucial para la lectura de escrituras literarias, dado que destaca el propio espesor material-discursivo de la escritura. Las formas no humanas atraviesan “principios de composición poética y teórica” (Álvarez Solís, 2023, p. 70); los modos de afectación que se anudan y amplifican en la escritura no se limitan a la inspiración a partir de una materia/temática o a su reproducción. Muestra de ello es esa enunciación marcada por la difracción en el realismo agencial. Desde allí podríamos leer esas operaciones mimográficas en las escrituras literarias que imitan formas no humanas a partir de recursos gráficos y tipográficos; o incluso ciertos procedimientos compositivos. Al respecto, podemos nombrar nuevamente el trabajo de Cóccaro (2021), preocupado por la incorporación formal, no solo temática, del fósil: “es una escritura fósil que tiene una lógica inorgánica de existencia, por eso avanza por capas: no se desarrolla, permanece; no

crece, sedimenta, mediante la repetición” (p. 97). Un análisis de este tipo permite exponer el problema del lenguaje desde otro lugar, ubicándolo en una constelación de conceptos como los de inscripción, composición, combinación, repetición, entre otros, que desarticulan los binomios representacionistas como el de forma/contenido o el de arte comprometido/arte por el arte, entre otros.

Volvamos a la difracción en cuanto metáfora de un método. Dijimos que se trata de un dispositivo de lectura. En palabras de Barad: “Lo que se requiere es un esfuerzo conjunto que se base en *múltiples formas de alfabetización* para hacer explícitos los diferentes dispositivos que forman parte del fenómeno investigado” (2007, p. 361)¹⁰. El recorrido por los patrones diferenciales a través de los cuales devienen conjuntamente el espacio, el tiempo y la materia en los fenómenos que estudiamos nos permite reconocer nuestra responsabilidad como partícipes de aquello que se materializa y *entra en materia* (*comes to matter*). Lo que se revela en la difracción, como fenómeno y como método, es el efecto de nuestros compromisos intra-activos como parte del devenir diferencial del mundo:

Crear conocimiento no consiste simplemente en crear hechos, sino en crear mundos o, mejor dicho, en crear configuraciones específicas del mundo, no en el sentido de crearlas ex nihilo o a partir del lenguaje, las creencias o las ideas, sino en el sentido de comprometerse materialmente como parte del mundo para darle una forma material específica. (Barad, 2007, p. 91)

Esto mismo puede pensarse para la escritura. Aquí intentamos hacerlo sosteniendo la vieja pregunta por las palabras y las cosas (por la materia y el significado), señalando las desviaciones del fenómeno material-discursivo de la difracción en el realismo agencial y sus interrupciones por la cuestión de la escritura literaria. Acompañar la potencia de lo no humano en esta teoría traza las marcas de la responsabilidad de toda práctica escritural (literaria, teórica, científica, crítica) como fenómeno de producción de las materializaciones y significaciones que (nos) configuran colectiva y enredadamente.

10 Énfasis agregado.

Referencias

- Álvarez Solís, Ángel (2023). ¿Puede escribir una planta? La crítica vegetal en la época de la extinción de la teoría. *452°F*, 29, 53-74. <https://doi.org/10.1344/452f.2023.29.4>
- Barad, Karen (2003). Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28(3), 801-831. <https://doi.org/10.1086/345321>
- Barad, Karen (2007). *Meeting the universe halfway. Quantum physics and the entanglement of matter and meaning*. Durkhan: Duke University Press.
- Barad, Karen (2015). Transmaterialities: Trans*/matter/realities and queer political imaginings. *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 21(2-3), 387-422. <https://doi.org/10.1215/10642684-2843239>
- Cóccaro, Victoria (2021). La imaginación fósil en Aranha, de Nuno Ramos: del viviente muerto al fósil parlante. *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, 10 (21), 91-102. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/4734>
- Foucault, Michel (1968). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Haraway, Donna (2004). *Testigo_Modesto@ Segundo Milenio. HombreHembra© Conoce Oncorotón®*. Barcelona: UOC.
- Iovino, Serenella (2018). (Material) Ecocriticism. En R. Braidotti & M. Hlavajova (Eds.), *Posthuman glossary* (pp. 112-115). London/NY: Bloomsbury.

La Rocca, Paula y Neuburger, Ana (Comp.) (2019). *Figuras de la intemperie. Panorámica de estéticas contemporáneas*. Córdoba: Editorial de la UNC.

Milone, Gabriela (2023). ¿Una pizca de antropomorfismo no(s) basta(rá)? *452°F*, 29, 75-90. <https://doi.org/10.1344/452f.2023.29.5>

Oppermann, Serpil (2018). Storied matter. En R. Braidotti & M. Hlavajova (Eds.), *Posthuman glossary* (pp. 411-414). London/NY: Bloomsbury.